

Emilio Pettoruti, auto retrato.

EMILIO PETTORUTI: BRUJULA DE LA PINTURA ARGENTINA

FRONTERAS DE LA PLASTICA

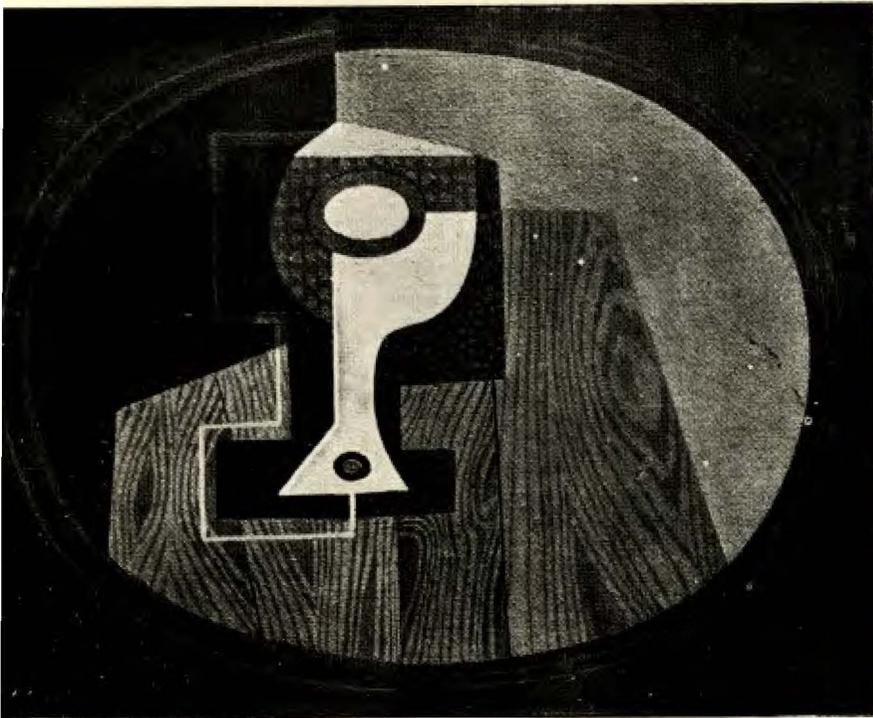
LA plástica, vocablo revalidado en acepción de actualidad, vive en vastas geografías que ulterioridades varias modifican día a día. Grabadas aun vivamente en la memoria de los hombres de esta generación, las premisas que constituían la fórmula del «arte puro», considerábamos muchos que quedan para siempre fijadas las fronteras de la plástica, pero he aquí que otros problemas, otros anhelos renuevan y agudizan el problema y que la promiscuidad anecdótica—revulsivo románti-

co que nos producía náuseas—busca ahora un substituto supraestético.

La aflicción es el refugio de los débiles. Encarado desde lo alto el conflicto de tendencias, de sentimientos, de teorías, emergen conclusiones por cierto muy distintas a las que surgen de las impresiones a quemarropa.

La plástica, como todas las artes, se desliza por el tobogán de la posteridad en el vehículo que elabora la fantasía creadora de los artistas.

La creación, la invención desplazan a



«Pequeña copa»
Emilio Pettoruti

(propiedad de Juan Carlos Paz)

polémicas circunstanciales, cuando estas mentadas cualidades alcanzan dignidad de poesía en la seguridad de sus valores efectivos.

Poesía no es, a mi entender, la transfiguración sensible por medio del lenguaje traslaticio o metafórico del complejo psicológico o sensorial humano; poesía es—perdónenme los poetas—la potencialidad de creación, de invención, el sentido de lirismo, de emancipación de fórmulas agotadas, cualquiera que sea la especialidad en que se ciernen. Así, Einstein es un poeta, tan poeta como Carlitos Chaplin.

Y ya estampada la palabra valor, alegraré mi interpretación y el alcance que le asigno. Valor es lo que vale, esto en todos los órdenes. Pero cuando del decir popular nos remontamos a otros planos, la precisión de lo que vale es más ardua, pues en tales esferas, lo que vale una vez vale para siempre. Así, es erróneo afirmar: Rafael es un valor. Para salvarlo propongo este enunciado:

La Madonna Sixtina es un valor. Y ¡qué valor! Es la obra la que representa valor, no el artista.

Otra insistencia: ¡el valor es sinónimo de absoluto! «La Madonna Sixtina» no es cinco centímetros más valor que «La Gioconda» de Leonardo da Vinci, ni tampoco menos, ni tres días más valor que cualquier otra. El valor es eterno, es valor en todo y por todo. El valor se ríe de las limitaciones espaciales o temporales. Es valor o no es valor; nada más. Desde que asomaron tales conclusiones, he guardado cuidadosamente la palabra valor. ¡Qué temor emplearla mal! Cuando «aliño palabras», cierro con dos vueltas de llave el cofre que las encierra e inspecciono la habitación, por si en mi ausencia no hubiese huído.

LA PINTURA ARGENTINA

No es pródiga en valores la pintura argentina. Precursores esforzados han dejado vestigios de sus dones en obras que, lo precario de los medios de expresividad hacen respetables, pero nada más que respetables. Vástagos endebles de estéticas entonces exhaustas en Europa y digo exhaustas refiriéndome a la fecha de su irrupción en América, traían dichos hombres la loable intención de fomentar un ambiente propicio, más que la de competir en lides de mayor envergadura.

La Argentina se incorpora al ritmo artístico internacional, a través de la aleccionadora presencia de Malharro. Pero la acción de Malharro, que espíritus aviesos se empeñaron en neutralizar, no va más allá de las conquistas del impresionismo. En la puja de influencias que se inició, asomaron con brío inusitado, además de la ya mentada, la de Zuloaga en Bermúdez, la de von Zugel. (impresionismo alemán) en Fader y la de Goya y otros en Bernaldo de Quirós. Mas como

el tiempo anda y todo se supera, el post-impresionismo merodea también en nuestras playas para solaz de los cultores de lo fácil, que sólo explotan, imitando lo que otros con esfuerzo alcanzan.

Simioscos remedos se disimulan en churriguerescas lucubraciones. Pseudos innovadores (Franco, López Naguil, Quinquela Martín y otros) son fuego fatuo que pronto se apaga. Otra generación con otros anhelos, con otras aspiraciones, con otro sentir, se afianza en el sólido terreno de lo definitivo. En el horizonte de la plástica argentina zigzaguean ya los indicios anunciadores de un nuevo estado de cosas.

1924.—SALA WITCOMB

La sala Witcomb se ha vestido de galería europea. El viajero habituado a recorrer los locales de la rue de la Beotie, de París o frecuentador de Der Sturm, de Berlín, no habría experimentado ninguna extrañeza ante el conjunto que se ofrecía a la consideración pública.

Emilio Pettoruti, ausente de su país desde 1914, se reincorporaba a las actividades artísticas de su patria, con la más contundente afirmación de validez estética.

El cubismo, el futurismo imprimieron en la sensibilidad de Pettoruti, el rasgo indeleble de su estricto sometimiento a lo formal. Porque, aunque superficialmente estas tendencias aparecen como una postura irreverente hacia el pasado, establecida la distancia perspectivística de la historia, son un retorno a las leyes, siempre eternas de la plástica. Lo formal es la esencia de toda expresión.

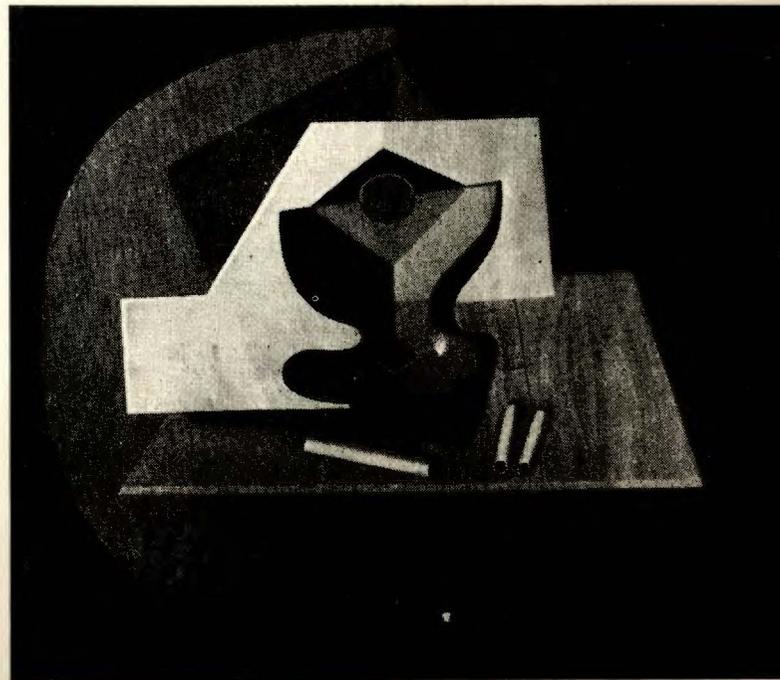
El pensamiento es en su génesis algo informe, sin sentido, casi diría que no es pensamiento hasta que no se concreta en una forma. Se ha inferido «primero fué el verbo»;

no lo creo, el verbo fué ya la transcripción oral de una forma. El pensamiento es valor en la expresión, cualquiera que sea el lenguaje elegido. Lo dicho aclarará lo que sigue.

LA COMPOSICION

La composición es la más genuina exteriorización del yo artístico (concreción del pensamiento). El tiempo destruye los colores, altera la materia, pero nada puede contra la composición. En las épocas (el Renacimiento) en que toda la pintura tenía un sentido común, la diferenciación del arreglo era la determinante de la mayor o menor personalidad. El clásico y el barroco, más que un conflicto entre la representación de lo espacial y lo plano, es un antagonismo en las directivas del «arrangement». Teorizantes, estetas, matemáticos han inferido de tales «arre-

«Cigarrillos», óleo
Emilio Pett



glos» cánones, sistemas, normas de dudosa alcurnia. Medroso viviría el sentido de invención, si existiese una regla que «a priori» estableciera una constante invariable. El arte se trastrocara en función de artífice, no en labor de poeta y quedarían para siempre borradas las palabras de Leonardo: «La pittura e cosa mentale».

La composición es la manifestación sensible de significaciones suprasensibles o no sensibles. Es la aprehensión o captación de complejas concurrencias por medio de la intuición. Es la transubstanciación de lo subconsciente en plenitud espiritual. También de paso queda distanciada otra discusión: lo que ha dado en llamarse arte abstracto, deshumano, es también representación humana, porque sólo el hombre piensa, aunque los signos de la escritura sean diferentes a los vulgares poco importa. Negar esto equivale a desechar los signos algebraicos. Pero este aserto ha de cumplirse en la esfera de su esencia. El matemático no inscribe caprichosamente un signo. Si obrase así sería el caos. El artista tampoco puede eludir, arbitrariamente, los mandatos de ciertas reglas. La pintura, aunque arte o poesía, se manifiesta por un medio. Este medio es una presencia real. Su escritura, aunque parta de lo no sensible se concreta invariablemente, indefectiblemente, en representación sensible. Así toda gran plástica ha de ser eternamente humana, real. Así es la pintura de Emilio Pettoruti, hija de la gracia, del espíritu y de la carne.

La intuición, don magnífico y avaro, guía certeramente sus rebuscas en el imperio que crea su fantasía; color y dibujo son norte seguro en su avance.

EL TEORIZANTE

Todos aquéllos que hemos gustado el perfume de su amistad, hemos recogido de sus

labios palabras profundas, palabras graves, que con mucha posterioridad confirman críticos y pintores extranjeros de enjundia. De sus escritos surge una doctrina precisa, aparentemente contradictoria en algunos aspectos, lo que no es más que la exteriorización de su gran honestidad, de su acuciante inquietud, de su profunda sabiduría. Cuando la distancia esfume lo accesorio, lo baladí, que bordean toda posición polémica, la obra del artista platense, que es polémica en pro de lo eterno, quedará en pie una enseñanza, una lección y un ejemplo en esa producción que es un valor en la esfera de lo teórico.

Desde 1924, desde Pettoruti, la pintura argentina se aventura en rumbos inéditos. En su bajel se agrupan jóvenes artistas que acomodan sus inquietudes en la contención de una severa disciplina y del arduo estudio de lo formal. Quizás sin Pettoruti se hubiese llegado a lo mismo, pero la historia es así tal como ha acaecido, si suprimiéramos un hombre, eliminaríamos un hecho, devastaríamos la historia.

FINAL

Tropel de formas han de acumularse en su mente. Es aquí cuando la intuición obra selectivamente. Se recuerda la fecundación ovular. Es menester la existencia de dos polos para que la creación tenga lugar. Por algo ha dicho Picasso: «La pintura es como el amor». Y de este proceso van surgiendo las series: «Las Copas», «Los Arlequines» y otras. Poliedro multicolor, tesoro maravilloso de armonía tonal, nos descubre en esta milagrería del arte, una virgen emoción que nos vuelve a la pureza y sin quererlo, quedamente, el pensar musita esta exclamación: ¡He ahí un artista, he ahí un poeta!

Leonardo Estarico.



«Arlequín»
Emilio Pettoruti.

(propiedad del Museo Nacional de Bellas Artes
Buenos Aires)



Antoine Bourdelle.—«Monumento del General Alvear. Detalle, figuras simbólicas». Buenos Aires.